

Lentitudes urbanas

Esta es una invitación a conocer la ciudad de un modo diferente. **ALUMNI UCC** acerca una propuesta de paseo por escenarios céntricos de alto valor patrimonial y cultural.

Por Melina Malandrino y Adrián Manavella

La calle Obispo Trejo, en su tramo peatonal, vibra al ritmo de los pasos incesantes. Gente muy apurada transita aceleradamente hacia múltiples destinos que se relacionan con lo laboral, el estudio o la actividad comercial. El Colegio de Monserrat aglutina en su puerta a decenas de estudiantes que se congregan en reuniones de dos, tres y, en algunos casos, en grupos de hasta seis u ocho jóvenes.

Los transeúntes recorren tortuosas trayectorias esquivando a los distintos grupos que dificultan el paso... La escena parece una especie de exótica danza, una *performance* contemporánea que alude en su improvisado guión al choque de intereses, al conflicto de tiempos, espacios y personas. Los peatones están ansiosos de llegar *ya-urgente-ahora* a sus destinos; en cambio, los jóvenes alumnos secundarios están deseosos de que el tiempo se prolongue hasta el infinito, en orden a que el recreo matutino no termine jamás. En los primeros, el vértigo se expresa en el cuerpo y, así, el movimiento se manifiesta en el espacio. En los segundos, el vértigo sucede en los diálogos, en las conversaciones aceleradas y sin pausa, fragmentarias y yuxtapuestas, que construyen múltiples historias a partir de componentes casi binarios.

Esta escena compleja, una especie de actuación abstracta de teatro de vanguardia, es una pieza más del vasto rompecabezas de la cotidianidad urbana del centro de la ciudad de Córdoba. Todos los actores, tanto los embarcados en un tránsito abrupto y vertiginoso como aquellos detenidos circunstancialmente en un *microlimbo*, comparten, sin embargo, muchos rasgos en común: todos se desenvuelven en la hiperconectividad, la instantaneidad, la saturación de información y la multiplicidad de experiencias.

Estas escenas se repiten todos los días, con variaciones y cambios, pero conservando el rasgo esencial, que es el espíritu de la época, caracterizado por el *surfeo* repentino de un punto a otro, transitando en la superficie de las cosas, buscando la mayor cantidad de experiencias distintas, en el menor lapso de tiempo posible.

La invitación que extendemos en esta nota es a participar de una experiencia de otra cadencia temporal, a partir de la visita a una serie de escenarios sugeridos. Esto implica abandonar momentáneamente los espacios habituales, álgidos y fugaces, para recalcar en lugares que proponen construir escenas de lentitud de percepción y lentitud de experiencia. Estas estaciones, organizadas en un pequeño recorrido y al alcance de todos, se constituyen en un remanso, un pequeño tesoro efímero para hacer una pausa reflexiva y honrar el silencio.



Patio del Museo de la Universidad Nacional de Córdoba

El recorrido que proponemos comienza en el patio del Museo de la Universidad Nacional de Córdoba, cuya entrada se encuentra en Obispo Trejo 242, en la Manzana Jesuítica.

Ingresar aquí es entrar al espíritu de "Docta" de nuestra ciudad, hoy ámbito de calma y de ocasionales transeúntes, que vivió un clima febril de estudiantina por más de 400 años.

El claustro fue construido entre fines del siglo XVII y principios del XVIII para albergar las "clases" del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús, corazón del proyecto educativo de la orden en estos territorios.

La imagen actual corresponde a fines del siglo XIX. Cuando la universidad se colocó en manos del Estado, luego de la expulsión de los jesuitas, amplió las instalaciones para albergar al creciente número de estudiantes. Producto de estas intervenciones son la planta alta del claustro, construida siguiendo las líneas de la planta baja, y la incorporación del verde en un patio que era hasta entonces "seco". Pese a estos cambios aún persiste la estrecha relación con la Iglesia de la Compañía que impone su presencia en el claustro a través de la fuerza volumétrica de sus torres, recordando ese vínculo original.



Patio del Museo Fray José Antonio de San Alberto

A continuación, y separado sólo por la calle Caseros, con acceso por Caseros 124, se encuentra el patio del Museo Fray José Antonio de San Alberto. Este solar formó parte del conjunto jesuítico, ya que allí funcionaba el Colegio Convitorio de Nuestra Señora del Monserrat, ámbito que albergaba a los estudiantes del Colegio Máximo. Luego de la expulsión de la orden, el obispo Fray José Antonio de San Alberto trasladó el Monserrat a su ubicación actual y fundó en el lugar la Real Casa de Niñas Nobles Huérfanas que puso bajo la tutela de las hermanas Carmelitas.

El acceso al actual museo no es claro, sólo una abertura a la mitad de la cuadra da cuenta de su existencia y anuncia timidamente la posibilidad de visitarlo. Pero una vez en el interior, estos espacios de carácter más austero que los de la Manzana Jesuítica, dan una idea más acabada de la vida diaria de los estudiantes del Colegio Máximo en el siglo XVIII. Las construcciones de un solo nivel, los muros blancos, la arquería de sus claustros, la presencia cercana de las torres de la Iglesia de la Compañía y, como fondo lejano, la cúpula de la Catedral, transforman su atmósfera en un remanso de tranquilidad, en donde nada —ni los sonidos, ni las visuales— parece haber cambiado en tres siglos.





El patio del Museo de Arte Religioso Juan de Tejada

A pocas calles de allí, en Independencia 122, nos encontramos con el acceso al patio del Museo de Arte Religioso Juan de Tejada. Casi podría decirse que el primer claustro, de los once que conforman el Monasterio de las Carmelitas Descalzas, donde hoy funciona el Museo Juan de Tejada, es el mejor espacio colonial de la ciudad de Córdoba.

Nacido como vivienda del capitán Juan de Tejada a principios del siglo XVII, en pocos años se convirtió en el convento de Santa Teresa, fundado por Leonor de Tejada. Las proporciones de este patio son domésticas, rodeado de galerías y con frutales cítricos que se convierten en el primer plano de las excepcionales visuales de la cúpula y las torres de la Catedral. El lateral de la iglesia del Convento, con su imponente espadaña barroca, completa el cierre del espacio. El perfume de azares lo inunda todo e invita a imaginar la vida de clausura de tantas cordobesas que dedicaron sus vidas a la oración y la contemplación.

El patio de la Casa del Virrey Marqués de Sobremonte

Completando el recorrido de estaciones propuesto, llegamos a la esquina de Rosario de Santa Fe e Ituzaingó, donde se encuentra el Museo Casa del Marqués de Sobremonte.

Con espacios distintos por su escala y su jerarquía, este lugar contiene los únicos patios domésticos que conserva Córdoba del largo período colonial. Paradójicamente, una ciudad que se jacta de su "centro histórico" ha destruido sistemáticamente casi todos los testimonios de viviendas de una época. Es por este motivo que conocer este ámbito tiene el valor agregado de lo "único".

El zaguán que tamiza el ingreso nos transporta a otro tiempo. Allí se puede imaginar que nos encontramos con la niña de la casa con sus labores entre las manos, acompañada por su (esclava) negrita que le ceba mates bajo el fresco del árbol, propio de otra época y de otro modo de entender las relaciones sociales. El siglo XVIII aborda al visitante y lo captura, muros blancos encalados, techos de tejas, patios empedrados, macetones con geranios; la puesta del museo tiene la virtud de recrear en sus espacios interiores y exteriores las funciones originales de la casa, lo que ayuda a completar la experiencia sensorial.

En todos estos lugares que hemos mencionado, el tiempo transcurre lento, se percibe distinto, y el espacio cobra otra dimensión. La experiencia de lentitud nos propone un encuentro introspectivo, un viaje en el tiempo y un momento para la reflexión.

Fotografías de Pedro Cufre y Adrián Manavella

